

## ***El austromarxismo y la insurrección austríaca***

**Dionisio Luna**

**Marzo de 1934**

(Tomado de *Revista COMUNISMO (1931-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 270-276; publicado en *Comunismo*, número 33, marzo de 1934)

Durante cinco días el proletariado de todo el mundo ha seguido con creciente ansiedad todas las fases de la lucha encarnizada emprendida por el proletariado austríaco contra el gobierno clerical-fascista de Dollfuss. Ante la perspectiva de verse privado de sus más elementales libertades, de perecer en el campo de concentración o en las prisiones del fascismo austríaco, el proletariado ha preferido morir en las barricadas defendiéndose hasta perder la última gota de sangre. Hasta el momento de escribir este artículo, nueve jefes socialdemócratas han sido ejecutados, numerosos obreros han entregado su vida en la lucha y muchos miles se encuentran en las prisiones de Dollfuss. Las barriadas obreras, orgullo de Viena, han quedado reducidas a escombros. Pero el heroísmo demostrado en la lucha por los trabajadores nos obliga enjuiciar de una manera más severa la conducta de la socialdemocracia austríaca, del austromarxismo, que con su política ha dado lugar a que el proletariado haya aplazado, mortalmente para él, el momento de la lucha.

La acción heroica del proletariado austríaco, al mismo tiempo que un ejemplo de cómo sabe luchar la clase obrera, la única clase de la sociedad consecuentemente progresiva, es un acta de acusación implacable contra los jefes de la socialdemocracia. Desde hace años éstos han desarmado y desesperanzado a los obreros, permitiendo a la burguesía austríaca que aboliera poco a poco todas las conquistas y libertades que había tenido; que conceder a la clase obrera después de la revolución de 1918. Ha sido la dirección socialdemócrata la que obligó a los obreros a aceptar sin resistencia la disolución de la *Schutzbund* (milicias obreras), a que abandonase sus depósitos de armas en el momento en que las bandas fascistas se formaban y armaban más que nunca, a que tolerase pacientemente la prohibición de la prensa obrera, de sus manifestaciones, de su cámara obrera, etc. Son los jefes socialdemócratas los que concedieron a Dollfuss, bajo el pretexto de la lucha contra los nazis, los créditos para el aumento de los efectivos del ejército austríaco en 30.000 hombres, es decir, el aumento del mismo ejército que ha abortado en sangre la insurrección obrera y que ha bombardeado y destruido las casas obreras.

El hecho de que los trabajadores austríacos se hayan batido valerosamente, e incluso que muchos de sus jefes hayan sabido a última hora combatir, y algunos morir, no puede de ninguna manera servir para silenciar la política criminal que el austromarxismo ha seguido. El proletariado internacional, de todas sus luchas tiene algo que aprender, tanto de las victorias como de las derrotas. La Commune fue una experiencia corregida por el proletariado ruso en 1917. La guerra civil emprendida por una clase oprimida sólo puede resultar victoriosa si está asegurada previamente por el apoyo de la mayoría de las capas decisivas de la población, es decir, en Austria, no solamente por el proletariado, sino también por los campesinos. No puede vencer más que asegurándose la simpatía, por lo menos, de una parte del ejército. Pero, ante todo, en una guerra civil no se puede vencer con la táctica defensiva. Lo que precisamente ha caracterizado la lucha de los trabajadores austríacos ha sido su carácter puramente defensivo. Los líderes austromarxistas han opuesto durante años a las “víctimas

sangrientas” de la revolución rusa la lucha pacífica en los cuadros de la democracia burguesa para conquistar, con el 51 por 100 de los sufragios, el poder para el proletariado. ¿Cuáles han sido los resultados? La tentativa desesperada, y desgraciadamente vana, del proletariado austríaco para salvar sus libertades más elementales, le ha ocasionado más víctimas y más sacrificios que exigió la revolución de un pueblo de 160 millones de habitantes. Frente al desarrollo de la reacción y del fascismo en Austria, el proletariado, poderosamente organizado, estaba paralizado por los jefes de la socialdemocracia llamada de izquierda, que por boca de Otto Bauer decía: “queremos luchar por todos los medios legales”, “si la burguesía viola la Constitución, entonces nos defenderemos”. Incluso entre los partidos de la II Internacional, desde antes de la guerra, la socialdemocracia austríaca era muy considerada por el acierto de su línea política. Se cuenta que en cierta ocasión un miembro de la dirección del partido socialdemócrata alemán le dijo a un amigo suyo austríaco: “Nuestro Bebel es sólo un coronel de caballería, pero vuestro Adler (Víctor) es un generalísimo.” Después de la guerra, el socialismo austríaco adquirió aún mayor notoriedad. Si Stalin se ha propuesto teorizar y llevar a cabo la construcción del socialismo en un solo país, la socialdemocracia austríaca, el austromarxismo, se propuso, y teorizó sobre ella, una tarea más complicada: la de construir el socialismo en una pequeña provincia, aún más, en una pequeña ciudad. Dieron a la nueva Austria la “Constitución más democrática del mundo” y crearon las bases para la socialización, que han realizado tan impracticables como pacíficas eran. Y toda esta política la llevaron a cabo al unísono con los socialistas cristianos. Viena se convirtió en “Viena la Roja”; se construyeron excelentes viviendas para obreros, baños, escuelas, toda una muestra de lo que puede ser la vida urbana de mañana. Debido a ello fue señalada la socialdemocracia austríaca como “el partido modelo de la II Internacional”:

Bajo semejantes circunstancias, se explica que después de la catástrofe sufrida por la socialdemocracia alemana, única en la historia del movimiento obrero, en su “lucha” contra la esvástica, todos los socialistas, entre ellos principalmente los españoles, volvieron sus ojos a Austria, el ejemplar país del socialismo, donde el fascismo, alentado por la victoria de Hitler, había emprendido la lucha por el poder. Todos los socialdemócratas del mundo se preguntaban: ¿Cómo afrontará esta lucha la socialdemocracia austríaca? ¿Sabrá portarse mejor que el partido socialdemócrata alemán? Y parecían decir todos ellos: ¡Ahora veréis cómo sabe actuar la socialdemocracia!

Las condiciones en que se hallaba la situación política austríaca eran, por otra parte, mucho más favorables a la socialdemocracia que en Alemania. La clase trabajadora alemana había sido derrotada a consecuencia de su división; pero la unidad del partido austríaco nunca se había visto seriamente amenazada por la III Internacional. El partido comunista austríaco ha sido siempre una reducidísima fuerza numérica, débil, poco responsable. La socialdemocracia austríaca era proporcionalmente el más importante de los partidos de la II Internacional. Además, el propio fascismo austríaco se encontraba dividido en dos fracciones hostiles. Los fascistas de los *Heimwehren*, con la ayuda de los cuales Dollfuss ha combatido el movimiento insurreccional, no cuentan con la simpatía de los nacionalsocialistas.

La socialdemocracia austríaca ha tenido desde 1918 las condiciones favorables absolutas para asegurar su hegemonía. Su política ha sido una constante cadena de claudicaciones, que han ido fortaleciendo paso a paso las posiciones de las fracciones más reaccionarias de la burguesía. Toda la política de la socialdemocracia austríaca ha consistido meramente en desarmar al proletariado, haciéndole concebir inmensas esperanzas en el desarrollo normal y legal del socialismo. Perdiendo posición tras posición, cuando ha querido dar la batalla se ha encontrado en un evidente plano de

inferioridad, que ha dado la ventaja al Gobierno Dollfuss y a las fuerzas mercenarias de los *Heimwehren*.

Queriendo buscar una justificación a la actitud insurreccional adoptada últimamente por los jefes socialdemócratas, el líder del socialismo francés, Léon Blum, en un artículo de “Le Populaire”, se expresaba en la siguiente forma: “... Leo en un periódico: ‘Sublevación sangrienta provocada en Viena por la socialdemocracia’. Y este tema, además, se encuentra por todas partes. Mientras que el heroico Dollfuss defendía contra los nazis la independencia de su patria, son los socialdemócratas los que han venido a atacarle traidoramente; son ellos los que han desencadenado las colisiones sangrientas. ¡No! No se puede permitir semejante impudicia. Cualquiera que haya seguido de cerca o de lejos los problemas de Austria durante estos últimos meses sabe la verdad y puede restablecerla. La verdad es que la socialdemocracia, profundamente preocupada con las amenazas que pesan sobre Austria y de los peligros europeos que abriría la guerra civil, ha sufrido con una paciencia estoica todas las persecuciones que el canciller Dollfuss le infligía en progresión metódica. La verdad es que se ha dejado morder sobre su propia fuerza de resistencia. La verdad es que ha multiplicado, directa o indirectamente, las ofertas de reconciliación y de arreglo para una lucha común contra el peligro nazi. La verdad es que el canciller Dollfuss, ligado indudablemente por sus compromisos con Mussolini, ha abusado cínicamente del valor de la socialdemocracia, de su probidad, de lo que yo llamaría su conciencia internacional, para perpetrar contra ella los deseos de brutalidad y astucia que el duce imponía.”

Bajo estas líneas, en que Léon Blum trata de justificar ante las “democracias europeas” el acto insurreccional llevado a cabo por la socialdemocracia austríaca, está su mayor condenación de la táctica seguida por la socialdemocracia austríaca, que ha rehuido la lucha cuando las circunstancias le eran extremadamente favorables, cuando los *Schutzbund* estaban equipados militarmente, y la ha afrontado en condiciones desfavorables, sin ninguna posibilidad de triunfo y sólo para “salvar la dignidad de la socialdemocracia austríaca”. Parece como si deliberadamente los jefes austromarxistas hubieran ido preparando paso a paso las condiciones de la derrota.

La socialdemocracia austríaca constituía la “izquierda” de la II Internacional. Pero durante toda su actuación ha demostrado que sus palabras de izquierda servían sólo para ocultar una política criminal de derecha. Cuando se ha tratado de criticar al reformismo alemán, a los Wels, Braun, Breitscheid, etc., se sentían extremadamente severos. Prácticamente, durante los meses que han precedido a la insurrección, han demostrado que nada habían aprendido de sus colegas alemanes. En el programa de Linz, aprobado en 1926, se decía que, en caso del menor atentado contra la *república* o la *libertad democrática*, el partido socialista austríaco respondería con la lucha armada intransigente hasta llegar a la instauración de la dictadura del proletariado. Sin embargo, ha permitido que el canciller Dollfuss les privase hasta de las menores libertades. Sólo ante la presión de las masas del partido (desde muchos días antes de la insurrección el órgano del partido, “Arbeiter Zeitung”, daba cuenta de que a todas horas comisiones de socialistas visitaban a los dirigentes para pedirles la orden inmediata de lucha) se decidieron a la gesta final.

El papel principal del aparente triunfo de Dollfuss sobre la insurrección obrera lo han representado los *Heimwehren*. Estos surgieron poco tiempo después de la insurrección de 1918 como organización creada por la reacción clerical, bajo la máscara de formaciones de *defensa de las fronteras*, toleradas e incluso activamente apoyadas (¡armadas!) por los socialdemócratas que ocupaban en aquella época el poder. Pero en el futuro, y a medida que la crisis de estructura de la economía austríaca se agravaba, el capital financiero y de la industria pesada se servían de las formaciones de los *Heimwehren* para la lucha contra el proletariado, sus organizaciones y contra el

marxismo. En esta etapa, el movimiento adquirió un carácter profascista y provocó la insurrección del proletariado vienés de 1927. Después del aplastamiento de las Jornadas de Julio del proletariado austríaco por las fuerzas unidas de Seipel-Schober y de Otto Bauer y consortes, el movimiento de los *Heimwehren*, bajo la protección de Seipel (convertido en *oposicionista* en su propio partido), ganó en envergadura. El objetivo de Seipel fue la creación de un *estado autoritario* dirigido por un presidente provisto de plenos poderes, estado a realizar por un movimiento de las masas, inspirado por una mezcla de ideas legitimistas y de los métodos mussolinianos. Si el movimiento de los *Heimwehren*, se fortaleció bastante entonces para atacar sensiblemente al movimiento obrero, debilitado por el veneno austromarxista, y para paralizar la débil máquina democrático-parlamentaria, se mostró, sin embargo, poco eficaz para proceder a una gran movilización de las masas pequeñoburguesas a costa de los partidos tradicionales parlamentarios. Los débiles resultados electorales, el fracaso lamentable de la “insurrección” de Friemer-Harembe de 1931, demostraron que (a pesar de los esfuerzos encarnizados del jesuita Seipel) los *Heimwehren* no han podido representar más que el papel de precursores del movimiento fascista.

Si los *Heimwehren* pudieron armarse y fortalecerse con el apoyo directo o por lo menos la indiferencia de los jefes socialdemócratas, los *Heimwehren* han aprovechado esta situación para luchar contra el proletariado y consolidar en el poder a las tendencias más reaccionarias. La socialdemocracia se dejó desarmar al mismo tiempo que no hacía nada por desarmar a sus enemigos.

Nuestro camarada Trotsky, con motivo del Primero de Mayo de los obreros de Viena, escribía el 7 de dicho mes del año pasado lo siguiente: “La política del Partido Socialdemócrata excluye la posibilidad de una victoria del proletariado. Al mismo tiempo, excluye la posibilidad de que se imponga ningún régimen estable. El proletariado seguirá en estado de conmoción y esperará una solución revolucionaria. La burguesía vive temiendo la guerra civil. Las masas pequeñoburguesas se ponen cada día más nerviosas. Las medidas policíaco-militares demuestran día a día una insuficiencia creciente. La gran burguesía se convence cada vez más de que no podrá mantener su sistema sin recurrir a la dictadura fascista. De esta manera, la política doblemente desleal, charlatana y cobarde de la socialdemocracia paraliza al proletariado y lleva agua al molino del fascismo.”<sup>1</sup>

Desde el mes de mayo, en que cada día iba la reacción fascista-clerical arrebatando nuevas posiciones al proletariado austríaco, los dirigentes no han hecho más que perseverar en esta conducta de doblez. Así han ido preparando las condiciones para la derrota de hoy.

Los comunistas austríacos, durante todo el desarrollo de la situación política que ha culminado en la insurrección pasada, se ha mostrado todavía más incapaces que los burócratas alemanes. En ningún sitio han sido tan favorables las condiciones como en estos últimos meses en Austria para separar a las masas obreras de los bonzos reformistas. Pero la política estúpida de la Internacional Comunista en lo concerniente al frente único, la maravillosa teoría del socialfascismo, etc., han hecho que las masas de obreros socialdemócratas descontentos y que ven el peligro de una manera justa hayan perdido la confianza hacia el partido comunista. Un partido que va de derrota en derrota y que, sin embargo, continúa afirmando que su línea política es justa, semejante partido no podrá tener nunca la dirección de las luchas revolucionarias. Es lo que han comprendido los obreros austríacos con tanta más razón cuanto que el partido comunista austríaco no ha sido siempre más que una caricatura del partido alemán. La política vacilante del austromarxismo se ha visto libre de un control incluso anémico como era el “control” de

---

<sup>1</sup> León Trotsky, “Lecciones del Primero de Mayo en Austria”, en *Escritos, Tomo IV, Volumen 2*, página 101 en el formato pdf de nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

Thaelmann sobre Wels, porque el partido comunista austríaco, además de todas las faltas criminales del centrismo burocrático, es de una debilidad y una impotencia humillantes.

A falta de la existencia de un partido comunista potente y con una línea política acertada, una izquierda auténtica en la socialdemocracia podía haber jugado un cierto papel, impidiendo el curso catastrófico de la dirección reformista. Pero la izquierda, como todas las izquierdas socialdemócratas, se distinguía por sus vacilaciones, por hacer el juego de la derecha cuando llegaban las situaciones concretas. No ha acertado de manera seguida a fortalecerse durante la situación, mediante una crítica dura, severa, llamando las cosas por su nombre político, contra Otto Bauer, Danneberg, Seitz, Renner, etc.

La terminación de la contienda no ha estabilizado, ni mucho menos, la situación de Dollfuss, víctima de los diversos intereses internacionales. Italia desea que Austria continúe siendo un “tapón” entre Alemania y ella, como está segura de que es necesario encontrar una salida a la situación inestable de este país, intriga para una aproximación austro-húngara, con la restauración de los Habsburgo. Inglaterra, que evidentemente tiene menos intereses en juego en Europa central, aparte de las deudas, quiere más. Desea integrar a Austria en una confederación económica danubiana, en que la industria austríaca encuentre mercados en detrimento de Francia y sus aliados. Italia e Inglaterra tropiezan con Francia, cuya política interesada fue al final de la guerra crear precisamente la situación actual. Entiende mantener el statu quo, respetar, como ella dice, los tratados existentes. Y frente a todas estas naciones se encuentra Alemania, que desea una Austria nazi. La burguesía austríaca, que aspira a romper las cadenas de los tratados de paz, quiere ligar su suerte a la Alemania de Hitler. Pero tiene que someterse a la voluntad de los acreedores, que han hecho a Austria numerosos empréstitos. Y entre estas profundas contradicciones exteriores, Dollfuss se mantiene en la cuerda floja.

A pesar de la derrota, el socialismo internacional se muestra orgulloso del ejemplo dado por el proletariado austríaco. Se ha intentado prestarle “solidaridad”. Léon Blum ha hecho un llamamiento a las “democracias europeas”; Vandervelde, a la Sociedad de las Naciones. Ciertamente que el proletariado de toda Europa ha querido expresar su solidaridad de una manera más sincera y eficaz. Pero, en cambio, no sabemos que la Internacional Comunista haya dirigido el más elemental llamamiento de solidaridad con el proletariado austríaco. Cuando el proletariado de un país, sea socialdemócrata o comunista, lucha, la internacional estaliniana, vanguardia de la revolución, calla para no comprometer “el camino victorioso hacia el socialismo en un solo país”.

Los llamamientos de Blum y Vandervelde indican hasta qué extremo tienen confianza en la solidaridad proletaria y cómo confían todo a la democracia burguesa. Eso no les impedirá querer especular con el heroísmo de los trabajadores austríacos. Nadie puede poner en duda este heroísmo, acreditado con la sangre de tantos muertos, ejecutados y prisioneros. Pero hay la obligación, ahora más que nunca, de condenar una política, la de la II Internacional, que ha podido preparar la derrota actual. Si en condiciones desfavorables el proletariado austríaco ha dado ese magnífico ejemplo a todo el mundo, ¿qué no hubiera logrado cuando las condiciones eran favorables!

La socialdemocracia, en su conjunto, es ya un cadáver político. Ni acciones reivindicativas como la austríaca pueden salvarla. Se ha cubierto de traiciones y crímenes hacia el proletariado. La internacional estaliniana ha demostrado suficientemente su impotencia. ¿No es bastante prueba el que a pesar de dieciséis años de claudicaciones del austromarxismo sea allí un partido esquelético y no haya jugado ningún papel en los acontecimientos?

Pero en la socialdemocracia, sobre todo, y también en el estalinismo se manifiestan en todos los países corrientes críticas de los métodos fracasados.

Honradamente buscan un nuevo camino numerosos socialdemócratas de todos los países, que al propio tiempo huyen del aventurerismo e irresponsabilidad de los partidos estalinianos. Un nuevo partido y una nueva internacional se imponen, y es la condición de la victoria del proletariado.

Edicions Internacionals Sedov  
Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda  
Comunista Española y de la Sección B-L de España



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)